

MARION GAROLERA

# Paskae

qillan del trueno



FANTASIA





# Paskaæ

qillan del trueno

*Paskae, qillan del trueno*

© Marion Garolera

© Loba Ediciones®

Nueva Tajamar 481, Oficina 1403, Torre Sur

Las Condes, Santiago de Chile.

Teléfono: (56 2)32109829

Diseño y diagramación: Carolina E. Varela

Ilustración de portada: Mariola Quirland

Registro de Propiedad Intelectual N°: 2023-A-9906

ISBN: 978-956-7388-21-9

Primera edición: 2023

Impresión: Donnebaum S.A

Impreso en Chile/ Printed in Chile

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

MARION GAROLERA

# Paskaæ

qillañ del truëno





Las inmensas puertas se cerraron a nuestras espaldas. La Ciudadela estaba en calma, la noche y su silencio nos refugiaron de ojos curiosos. Dejamos las monturas y caminamos por una calle pequeña. Todas estábamos tan cansadas; ya no nos quedaban palabras que cruzar.

En una esquina, me despedí de las demás y doblé. Mi cuerpo dolía por verla a ella. Si mis piernas hubieran tenido la fuerza, habría corrido, pero mi ritmo era apenas una caminata rápida. Subí por la calle hasta el umbral coronado por la estrella. Entré y para mi alivio no había nadie en el patiecillo. Fui a la primera habitación a la izquierda. Me detuve frente al pequeño portal.

Primero, me llegó el aroma del agua de hierbas en la tetera y una masa tostándose en el fuego. Escuché pasos de pies descalzos en la piedra. Por un instante, me aterrorizó la idea de que no fuera ella, que ya no estuviera.

Abrí la cortina. Allí estaba. Cada fibra de mi piel volvió a su lugar.

Se volteó. Sus ojos negros se encontraron con los míos, primero con sorpresa, luego relajados. El mismo gesto hicieron sus orejas altas y peludas, oscuras como su larga melena.

—Volví, Serina —musité.

Una sonrisa tranquila pintó su rostro moreno. Su mano pequeña, que aún tenía harina en la palma, me guio al interior.

—Siempre vuelves, corazón. —Las manos pequeñas me sirvieron una taza de agua de anochecer.

—No, Serina. Volví. —Vi cómo las oscuras orejas de mi compañera se movieron apenas, como un parpadeo incrédulo.

Serina rio. Su risa era el brillo danzante sobre la superficie del río, las nubes alargadas en la mañana, las flores pequeñas al borde del camino. Le tomé las manos y Serina me llenó la cara de besos ligeros y luminosos. Más tarde, sobre las mantas del piso, dibujamos con nuestros labios nuestra piel para volver a recordar cada ángulo y lunar.

Mi cuerpo aún estaba tenso por el viaje, mis hombros rígidos y mis piernas adoloridas. Cuando intenté ponerme a horcajadas sobre Serina, el dolor me lo impidió.

Ella reía mitad enternecida y mitad burlesca, se ofreció sin problemas a ponerse encima. Podía ver toda su piel, sus muslos abundantes y su estómago suave. Quise ser amable, pero mis ansias eran más. Nos enredamos con torpeza y gozo, acaricié su espalda, su rostro y su cuello. Tomé con fuerza sus caderas. Nos dimos el gusto de ser todo lo ruidosas que queríamos, a solas en la habitación.

Al final de todo, Serina me abrazó. Habitualmente, me apretaba con manos ansiosas y duras, pero ahora me envolvía en un descanso verdadero.



## **Paeqari**

*En la octava luna del año, empieza paeqari, la estación que florece.*

*En esta temporada, el frío abandona la Ciudadela. Los días se alargan. El color de los cerros se suaviza pintados por la hierba que crece y los campos se llenan de brotes y flores.*

*En paeqari, ocurren las principales siembras y algunas cosechas; frutas que se transforman en jugos y mermeladas. Hay más vida en las calles y las terrazas se llenan de movimiento.*

*Con el clima templado, es costumbre también remodelar pisos y techos, veredas, arcos, alcantarillados y demás construcciones en la Ciudadela, sumando más ajeteo al interior de las grandes murallas.*

*Al final de la temporada, con la última luna del año, ocurre el trasquile anual de las llamas astadas. Por esa misma luna, se acondiciona la Ciudadela para el Festival del Solsticio Cálido.*

*En el Solsticio, se celebra seis días y seis noches. Abunda el baile, la chicha y la comida. Allí muchas ciudadanas, especialmente las jóvenes, realizan rituales para la gestación.*



# Temporal

A la mañana siguiente, desperté con el llamado de alguien en el umbral. Desde afuera llegaba una voz neutra. Me di cuenta de que a quien llamaban era a mí. Mi compañera dormía, pesada y tranquila y uno de sus brazos me aplastaba el cabello, así que no podía incorporarme.

—¡Un segundo! —dije para no impacientar a la visitante—. Serina, muévete un poco.

Logré que se girara, liberándome. Me cubrí con el primer poncho que encontré arrojado en el suelo, olvidado ahí en la urgencia. Fui a la puerta peinando mis rizos desordenados, para estar más presentable.

Afuera me esperaba alguien que vestía un poncho corto, una riñonera a cada costado, y un cuello de filigrana, todos signos de una *shisqa*, una servidora directa de las Matriarcas de la Ciudadela.

—Joven Paskae, vengo a hacerle una invitación. —Esta shisqa de ojos grises venía a decir algo importante, se había dado el trabajo de venir a buscarme temprano donde Serina, de seguro informada por alguna de mis compañeras de vivienda—. Hoy, justo después de la cena, se hará una ceremonia de bienvenida para las guerreras que regresaron anoche a la Ciudadela.

—¿Es en el Pabellón? —pregunté.

Ella asintió y miró un instante dentro del habitáculo, sus orejas cortas apuntando también.

—Será un espacio cerrado, pero si gusta puede llevar un par de invitadas. Llegue puntual. Me retiro, buenos días.

Sonrió por primera vez y desapareció fundiéndose con la luz de afuera, sin esperar una despedida. Me quedé unos momentos allí de pie, indecisa de si despertar a mi compañera.

—Bonita, ¿quién era? —Serina se giró hacia mí, todavía con los ojos cerrados.

—Una shisqa —dije mirando el umbral—, hoy habrá una ceremonia.

Serina se irguió, más despierta. Le costaba levantarse y más aún con la falta de sueño. Le expliqué como mejor pude lo que me habían dicho y rápidamente se desperezó.

—¡Ay, qué lindo! ¿Y qué harán? —preguntó ordenando su melena y buscando la tetera para hervir agua. Lo primero que Serina hacía por la mañana era comer, no importaba qué.

—No estoy segura. Iré a darme un baño, antes que esté más lleno —me acomodé mejor el poncho y me acerqué a la puerta—¿me esperarías para...?

—Sí, ve. Yo acá te tendré algo de comer —Serina sonrió y disimuló un bostezo con su mano.

Salí rápido, tuve suerte de no cruzarme con nadie en el patio.

Serina y su racimo vivían subiendo un cerro, así que, desde donde yo estaba, podía ver buena parte del barrio, el centro de la Ciudadela y las cimas planas de las montañas más allá de los muros externos. Cuando llegué a la calle, vi de golpe la belleza de mi Ciudadela amada. Amanecía. Me saludó un despejado cielo rosáceo, el aire limpio me tocaba suave las mejillas, como un beso tierno. Cerro abajo, los techos de las viviendas separadas por calles pequeñas, curvas y confusas. Las ventanas y chimeneas tenían tamaños desiguales, construidas con el deseo de centenares de diseñadoras distintas, pero todas las murallas tenían las mismas piedras lustrosas, brillando color cobre. Suspiré llena de dicha.

Bajé por la calle en dirección al baño más cercano. Agradecí que estuviera casi vacío, aun no quería saludar a nadie. El agua estaba perfecta, había extrañado tanto los baños calientes. Adentro de los muros era una actividad mundana, pero en la campaña eran escasos; tinajas improvisadas en los mejores momentos, o un cuenco helado que alcanzaba sólo para manos y cara, en los peores. Aún parecía un sueño, no tenía que correr, podía descansar. Me obligué a tomarme mi tiempo, ya estaba en mi hogar.

Me hundí más en el agua y acaricié mi piel protegida por el intenso calor. Los vellos de mis muslos atraparon burbujas diminutas; al pasar mi mano por ahí, subieron como una bandada. Mis pies tenían los callos de una anciana, mis brazos llevaban discretas cicatrices que los ponchos tapaban bien. Ninguna era muy seria, gracias a mi escuadra. Mi cuerpo entero era un tapiz conmemorativo de la batalla.

El calor del aire me hizo salir un poco antes de lo que hubiera querido. Lavé con cuidado mi cabellera, apelmazada en la nuca. Me enjuagué bien y salí.

Fui a la habitación de Serina a avisarle que pasaría a la mía para buscar algo limpio que ponerme.

Ella me esperaba con la habitación ordenada. No quedaba nada del caos del amanecer. Había unos panes calientes en un plato y un brebaje de olor dulce calentándose en el fuego. También había un cambio de ropa lista para mí, doblada sobre el mueble. Me reí, aliviada, debería haberlo sabido. Le agradecí, me puse el vestido largo de una lana muy ligera, con un cinturón de cuero y encima, un poncho color ocre. El conjunto me quedaba suelto en algunos lugares, pero el poncho disimulaba.

—Serina, quizás lo de hoy sea más que una celebración.—La voz me salió elevada, rápida y ansiosa—. Quizás hoy me ofrezcan un puesto como educadora.

Junté mis manos y recorrí mis nudillos con nerviosismo. Todo el sacrificio que había hecho y todo el dolor que había visto tendría

al fin sentido si pudiera trabajar por la Ciudadela y traspasarle a alguien lo que había aprendido de la magia en el campo de batalla.

—¿Por qué crees eso? —me preguntó mientras peinaba una de sus orejas con una mano, ordenando el pelaje hacia la punta. El movimiento coqueto me distraía un poco.

—Hay oficiales que han vuelto a la Ciudadela y han empezado a trabajar en labores altas en los gremios. —Serina me miraba esperando más detalles—. Arin, trabajando en la Espiral; Renia, coordinando cosechas, y otras más que no hicieron ni la mitad de lo que yo hice en la... campaña.

—Tranquila, bonita. —Ella se acercó y me tomó una mano para besarle el dorso—. No podemos saber qué pasará, pero si te ofrecen algo estoy segura de que será perfecto.

—¿Irás conmigo? —pensar en que Serina estuviera a mi lado me aliviaba.

—Corazón, no tenías ni que preguntar.

La besé. Ninguna palabra cabía en el espacio entre nosotras. Serina me pasó los brazos por el cuello para atraerme hacia ella. Nos volvimos a enredar con angustia amorosa hasta que nos llamó el silbido del agua hirviendo en el fogón.

Nos quedamos hablando en la habitación de Serina. Su trabajo de cuidadora la demandaba casi todo el día, así que les pidió a sus compañeras que la dejaran quedarse en su habitación ese día, para hablar y para esperar la ceremonia. Hablamos de muchas cosas, a ratos con un agüita de amanecer en las manos y, a veces, afuera mirando a las niñas jugar.

Varias cuidadoras vinieron a saludarme. Cada vez, me ponía de pie al tiempo que ellas extendían sus palmas unidas hacia mí. Entonces, envolvía sus manos con las mías. Extrañaba este saludo; en la campaña, se solía usar el saludo marcial, poniendo una palma

en el pecho propio. Pasé vergüenza un par de veces al no recordar algunos nombres: Shiema y Kinei, me lo recordaron.

Cada una agregó al saludo un agradecimiento tocando su frente con nuestras manos. Inclínadas allí, me decían: “Gracias, invocadora”. Se me apretaba el pecho y respondía alguna broma:

—Yo no hago los rayos, sólo los llamo, jajaja —decía—. Mejor agradezcamos al cielo.

Algunas niñas también nos vinieron a ver. Pequeñas que no entendían que la manta tejida colgando en el umbral significaba privacidad. Le pedían algo a Serina o me preguntaban cosas a mí. A algunas las reconocí, pero estaban tan grandes que me costaba. Serina las sacaba de la pieza pronto con una firmeza suave, propia de la marea.

Ella me contó de algunos cambios en su racimo: niñas pequeñas que llegaron aún en edad de pecho, niñas que se cambiaron a otro racimo, peleas entre un par de cuidadoras, por el trabajo o por enredo de faldas.

Serina no me preguntó por la guerra, pero, en algún momento, me dijo:

—¿Estás bien? —Quizás se refería a mi cara de cansancio o a la espera de la ceremonia, pero sentí que era por algo más.

—Ahora sí —tomé más de mi taza.

A la hora de comer, con el ocaso naranja e intenso sobre nosotras, caminamos cerro arriba a la cocinería. Era una construcción rectangular, hecha de piedras enormes y una multitud de ventanas pequeñas. De adentro me llegaba el ruido de infinitas voces, de los fuegos y platos.

Allí pude hacerme una mejor idea de cuánto sabían mis conciudadanas del fin de la guerra. Al entrar al amplio espacio que era el comedor, varias mujeres se pusieron de pie, vinieron a mí llenas de gozo, regalándome palabras de agradecimiento, de victoria, de alivio.

Cuando el tumulto de gente se dispersó, pude mirar el interior de la cocinería. Poco había cambiado desde la última vez que me fui: las mismas mesas largas, junto a la pared interna estaban los fogones con ollas enormes, donde se cocinaban sopas, guisos o panes largos que crujían. Quizás había un par de fogones nuevos, no estaba segura.

Nos acercamos a un mesón para pedir de comer. No conocía a la mujer que me atendió, de eso estaba segura. Hice mi pedido y apenas me miró al pasarme un cuenco de greda. Su presencia distante contrastó con el aroma casero y reconfortante de la comida que me dio. Era una sopa de carne de llama. Con el primer bocado, tuve ganas de gritar de alegría, pero con la boca llena sólo pude hacer ruidos ahogados mientras batía mis orejas. Serina se rio a mi lado. El caldo, condimentado con mi hierba favorita, llenó mi pecho de vigor. Las verduras estaban en el punto perfecto y la carne blanda, tan tan distinta al charqui duro que comíamos en campaña.

No nos quedamos a hacer sobremesa.

Caminamos del brazo hacia el Distrito Central de la Ciudadela, donde estaban los edificios administrativos y, en su corazón, la cúpula del Pabellón. A aquella hora, el noble edificio se iluminaba con seis fuegos eternos. Siempre presente, el Pabellón se veía desde cualquier punto al interior de los muros de la Ciudadela, para que, en todo momento, fuese posible ir a pedir refugio o consejo.

Avanzamos por calles acompañadas por el brillo de altos faroles y por la luz tenue que salía de las ventanas. Pronto estuvimos frente al Pabellón. Por las anchas escaleras, entraban grupos de mujeres. A un costado del enorme umbral, estaba esperando la shisqa que me había buscado horas atrás. Nos guio con pasos precisos. No hubo tiempo de admirar más la arquitectura externa del majestuoso edificio.

El salón estaba lleno de luces de antorchas de distintas tonalidades. El techo se perdía entre la oscuridad y la danza de humos coloridos.



Mi vista se dirigió a las seis enormes estatuas que servían de pilar de la bóveda, cada una con la figura de una mujer que representaba uno de los elementos mágicos. Un pilar envuelto en fuego, otro en ríos y lluvia, las siguientes dos representaban aire y tierra, y las dos últimas, más cercanas al puesto de las Matriarcas, eran metal y rayo.

En el salón, había al menos un par de centenas de personas, una muestra en miniatura de la Ciudadela misma: mujeres de edades y siluetas diversas, viejas grises, algunas niñas de pecho, niñas en edad de menarquia, ciudadanas de las labores más diversas, morenas o doradas, de rostros suaves como fruta recién cosechada o piel llena de marcas y sombras. Pero había algo que nos unía a todas en este crisol, todas teníamos la marca de la magia: orejas largas levantadas sobre nuestras cabezas, de suave textura animal.

En el espacio de honor, cerca de las Matriarcas, estaban las chicas de mi escuadra y el resto de las guerreras que habían vuelto a la Ciudadela el día anterior, más sus invitadas. Nos saludamos uniendo las manos o con un abrazo apretado.

—Paskae, ¿crees que sea una ceremonia sólo de bienvenida? —preguntó en volumen bajo Qi, integrante de mi escuadra, una guerrera alta, de pelo negro que le llegaba al mentón.

—No lo sé, yo vine por la buena chicha —mentí bromeando.

Ella y otras chicas se rieron en voz baja, cómplices. Me sentí de nuevo en la campaña, guiándolas. Esperaba que pronto se dieran cuenta que en la Ciudadela yo no sabía más que ellas.

Esperamos conversando unos momentos. Entonces, uno a uno se fueron llenando los puestos del Concilio. Las Matriarcas se sentaron en los altos sitios. Las demás manteníamos un silencio profundo, mirándolas desde nuestros lugares con fascinación.

Siempre me sorprendía que no llevaran mayor adorno que un par de pulseras o un collar sencillo. Suponía que no era necesario, su presencia silenciaba todo lo demás; hasta creía escuchar mis propios huesos.

Me quedé un instante sin aire al ver que todos los puestos fueron ocupados. La presencia de todas las Matriarcas es requerida sólo en las instancias de máxima urgencia o importancia pública. Estaban las once frente a nosotras en sus sitiales de piedra milenaria. El aire se sentía vibrar, como si la magia se fuera a manifestar en cualquier momento.

La Matriarca más anciana habló. Su voz era apenas un susurro, sin embargo, llegaba a nosotras nítidamente, llevado por el aire cargado de magia.

—Amadas niñas, bienvenidas a casa. —Tomé la mano de Serina con fuerza; ella me acarició el dorso—. Todas las Matriarcas nos hemos reunido para agradecerles su entrega y celebrar sus proezas en la campaña contra el reino de Jaén de la Isla Siempreverde. Por favor, disfruten de este pequeño obsequio.

De los costados de la bóveda aparecieron una veintena de mujeres. Llevaban traje ligero, pantalones y camiseta de fibra, con múltiples cintas de colores colgando de sus brazos. Todas ellas bellas, talentosas invocadoras de altas orejas. Se organizaron en tres grupos en el espacio que quedaba entre el público y el Concilio. Una de ellas dio una señal soltando un suspiro sonoro.

Y la tierra tembló.

Saetas de fuego corrieron sobre nuestras cabezas, con la misma variedad de colores de las antorchas. El fuego dibujaba arcos en compás regular. En el suelo, la piedra subía y bajaba, las manos de las invocadoras dirigían los quiebres, haciendo figuras geométricas alrededor nuestro.

El grupo central de muchachas tenía en sus manos lingotes de cobre y plata. Los soplaron y se diluyeron como el agua, arrastrándose juguetones sobre sus siluetas, bailaron al ritmo de las llamas; el metal, un bailarín más en la escena.

Las invocadoras eran muy buenas, sincronizadas y gráciles. Las figuras que hacían eran definidas. De seguro cada bailarina había sido elegida a dedo por una Matriarca.

Cuando terminó la danza, las invocadoras nos saludaron apoyando su mano en el pecho. Se retiraron del espacio y otra Matriarca habló:

—Pasen adelante, queridas guerreras. —Mi escuadra, las demás soldados y yo avanzamos al pie de la escalinata—. Tomen este pequeño símbolo de nuestro agradecimiento.

Una shisqa nos pasó, a cada una, un medallón. Era de un rojo encendido, suave al tacto y lleno de los grabados más finos que hubiera visto. Tuve que esforzarme mucho por aguantar las lágrimas. La guerra realmente había terminado.

El resto de la ceremonia fueron muchos abrazos y más lágrimas contenidas y otras no tanto. La primera en abrazarme fue Nilla, la más joven de mi escuadra, su rostro pequeño y redondo estaba lleno de lágrimas. Luego, abracé a sus compañeras y el grupo se volvió un enredo de amigas, primas y demás amores. Al final, me abrazó Serina, iluminada y cálida como el atardecer.

Cuando íbamos de salida, la shisqa de ojos grises me detuvo.

—Joven Paskae, aún queda algo más para usted. —Ella no sonreía y eso me turbó un poco—. Una petición del Concilio. Acompañeme, por favor.

Mi corazón dio un respingo. Miré a Serina y ella soltó mi mano para que fuera sin tardanza.

Seguí a la shisqa a una sala menor del Pabellón. Este era el momento.

La sala era mucho más reducida que el salón principal. No tenía el alto cielo o el podio solemne. Tenía pilares, pero pequeños, imitación humilde de los del salón principal. En la habitación sólo

había dispuestos asientos de piedra cubiertos con cojines y mantas de exquisita artesanía. Allí estaban sentadas, en una media luna, conversando con voz reservada tres de las Matriarcas, acompañadas de shisqas y otras figuras importantes de la magia. Frente a mí había un puesto vacío mirando al centro de la media luna. Estaba alejado de los demás y tenía sólo un cojín pálido y delgado. Antes de que yo pudiera hacer cualquier gesto, mi guía anunció:

—Honorables, he traído a la joven invocadora.

Las presentes dejaron de hablar y se acomodaron mejor en sus puestos. Una de las Matriarcas hizo un gesto con la mano para invitarme a sentarme en el único puesto vacío. Mis orejas vibraron asustadas.

Hice una reverencia marcada, mirando el piso con mi torso un par de segundos. Con ese gesto, oculté el temblor de mis manos. En aquel silencio, era como si todo lo que se escuchaba eran los resoplidos temblorosos de mi respiración. Avancé con lentitud hacia el asiento, controlando mis movimientos, los ojos de todas estaban fijos en mí, sin mayor expresión. El batir de mi pecho se aceleraba.

Cuando me senté, quise saludar y agradecer, pero quien habló fue Eitara, mi antigua maestra. Una mujer de orejas muy altas, signo de su gran talento mágico, adornadas con el cano indeciso del inicio de la vejez. Era la líder del gremio de educadoras mágicas, sin ella, yo nunca hubiera sido una invocadora.

—Joven qillan, gracias por venir.

Eitara eligió usar mi título al saludarme, lo que le daba una capa más de seriedad y tensión a la situación. Yo sólo pude asentir mecánicamente, una costumbre de las reuniones de campaña.

—El Concilio ha decidido cuál será tu aporte a la Ciudadela ahora que has vuelto del horror de la batalla. Y yo, como cabeza del gremio, tengo el placer de comunicártelo.

Llevé ambas manos a mi pecho y agaché mi cabeza en gesto entregado. Quería mostrar mi agradecimiento ante la intervención

directa del Concilio en mi vida. Mis orejas estaban extendidas, avivadas por el júbilo de poder aportar a mi Ciudadela con mi habilidad y ya no sólo destruyendo. Allí, con los ojos cerrados y el rostro hacia el suelo, hablé breve.

—Todo lo que soy se lo regalo al Concilio y a mis amadas conciudadanas. —No podía ver el rostro de mis interlocutoras, pero imaginaba fervientemente sus sonrisas aprobadoras.

—¡Qué dicha, entonces! —dijo Eitara. Alcé la vista. Antes de seguir hizo un gesto muy suave con su mano—. Porque tu misión será intentar regalarle a nuestro pueblo una nueva ciudadana.

—¿Qué? —no comprendía. Un frío se depositó abruptamente entre mis costillas.

—Perdón, debería ser más directa. Me refiero a parir una niña.

—¿Por qué? —la pregunta salió más seca de lo que hubiera querido. Y tuve la sensación de ver un par de ceños fruncidos delante de mí.

—Creemos que participar de los rituales del festival de Solsticio y entregarle vida al mundo, te dará nuevas pistas de cómo seguir contribuyendo a la comunidad —continuó Eitara acentuando cada pausa.

—Pero yo soy una invocadora —escuché murmullos en la sala—, me acaban de dar ese medallón...

—Por esa misma razón te hemos llamado, chiquilla —ahora habló una Honorable de edad avanzada—, es muy esperable que hijas tuyas tengan una fortaleza espiritual destacable y sean hábiles invocadoras como tú.

La anciana habló con un tono educado, sin embargo, más que sugerir posibilidades, hablaba como mencionando hechos.

Una sensación negra me invadía, hundiéndome. Me hice consciente del peso del medallón en mi cuello. Cualquier otra cosa que hubieran pedido, estaría dichosa de cumplir, pero esto era...


Toqué mi estómago. Esto no. Apreté más mi vientre.

—Gracias, Honorables. —Mi mandíbula tembló, cargada de ira; un cosquilleo me subió por las sienes y se transformó en puntadas que coronaban mi frente. De sólo pensar en parir se me cargaban las entrañas de fuego—. Pero necesito... tiempo. ¿Puedo retirarme, por favor, Honorables Matriarcas?

No esperé la licencia y con dolor en el cuerpo me puse de pie. La sala se llenó de murmullos. Las miré un momento a los ojos, buscando allí alguna explicación, pero no era el momento de preguntas. Si no quería un desastre, tenía que salir.

Para no decir palabra, me mordí el labio por dentro. Di la media vuelta y salí del Pabellón lo más rápido que pude.





*Mi cuerpo dolía por verla a ella. Si mis piernas hubieran tenido la fuerza, habría corrido, pero mi ritmo era apenas una caminata rápida. Subí por la calle hasta el umbral coronado por la estrella (...) Abrí la cortina. Allí estaba. Cada fibra de mi piel volvió a su lugar. Se volteó. Sus ojos negros se encontraron con los míos, primero con sorpresa, luego relajados. El mismo gesto hicieron sus orejas altas y peludas, oscuras como su larga melena.*

*—Volví, Serina —musité.*

Paskae ama a la Ciudadela y está feliz de volver después del arduo combate. La Ciudadela está llena de magia, nadie pasa hambre, no hay violencia, y las Matriarcas se aseguran que no le falte nada a nadie. Lo más importante: en la Ciudadela no hay hombres, con sus mentes perversas y extrañas. Paskae sueña con aportar a su tierra convirtiéndose en instructora de magia, pero cuando al fin vuelve de la guerra, las Matriarcas le piden algo que no está dispuesta a hacer: que quede embarazada para darle una nueva ciudadana a su pueblo. Junto con su amor, Serina, Paskae tendrá que afrontar el requisito de las Matriarcas sin dejar su sueño de enseñar magia, cueste lo que cueste.

